

En tierra de hombres

• Elsa Lever M. •

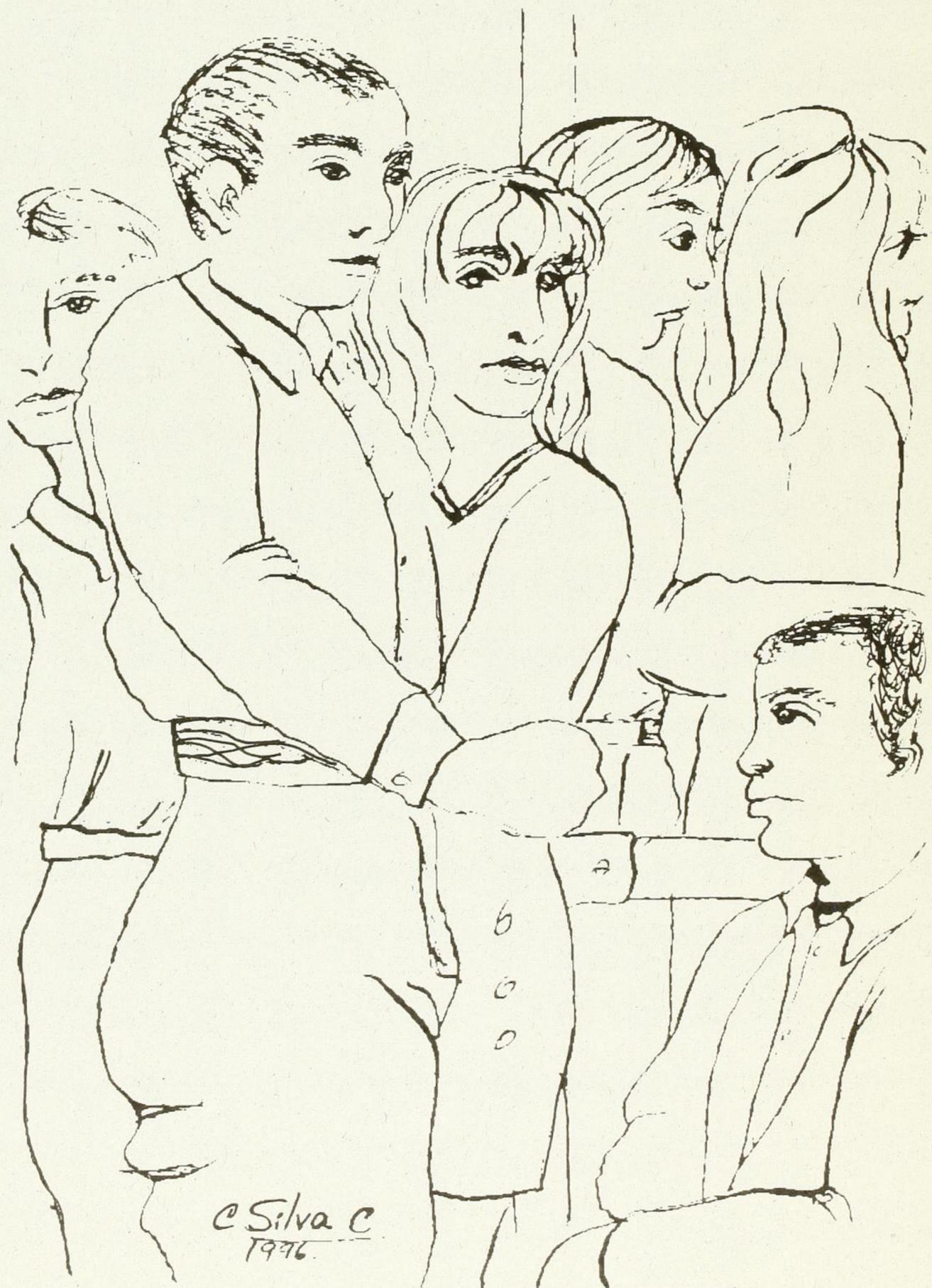
Espero en el andén de la estación Chabacano de la línea café, tras haber viajado desde la estación Normal. Es viernes y son las 8:40. El angosto pasillo está despejado lo cual me pone feliz. Sin embargo, la alegría dura poco porque el reloj se da a la tarea de castigar mi retraso.

Transcurren tres minutos y estoy que me lleva la chingada. Cada vez que traigo contado el tiempo, sucede lo mismo. Cinco minutos. La gente se agolpa en el limitado espacio del corredor. Volteo a la derecha, izquierda y detrás mío: únicamente hay hombres; un grupo amenazante de hombres, de seres masculinos surgidos de los rincones más desconocidos de la ciudad.

Siete minutos ya. La clase que imparto en la universidad comienza a las nueve en punto. Por fin, una luz dentro del túnel anuncia la llegada del tren. Emerge del enorme agujero negro el gusano anaranjado emitiendo su peculiar silbido.

Se abren primero las puertas que dan al andén central. Los usuarios del Metro se arremolinan ante la zona de acceso para ser los ganadores de algún espacio. Hago lo mismo.

Me sigue llevando la chingada. Falta que no quepa. Salen del vagón cuatro o cinco personas, insuficiente para las trece que permanecemos a la expectativa. Espero a que suban la mayoría, provocando con ello, quedar cerca



de la puerta, para que por lo menos, tenga uno o dos lados de mi cuerpo a salvo de manos inquietas y penes duros y calientes escondidos bajo pantalones que "descuidadamente" se frotan y embarran sobre una.

Ahora, en guardia. Me recargo sobre el pasamanos del asiento reservado para inválidos, ancianos, mujeres embarazadas o con niños en brazos. Cruzo el morral frente a mí y cubro con él mi área genital.

El vagón está a reventar. Las miradas masculinas caen sobre mi persona, más baja de estatura, más esbelta y ligera que la de ellos. Maldita sea. ¡Qué inseguridad se siente el viajar en esas condiciones! Estoy a su merced. El Metro es de ellos y pueden hacer lo que les plazca porque gozan de la complacencia que les otorgan sus compañeros de viaje.

No falta el idiota cachondo. Se coloca justo en el ángulo descubierto: mi costado derecho. Con una mano en la puerta y otra en el tubo vertical, me rodea "accidentalmente". Siento su pene opriéndome mi muslo derecho y escucho su respiración agitada. Molesta, lo miro; me sostiene la mirada y burlonamente me recorre hasta donde lo apretado del asunto le permite ver.

Estación Lázaro Cárdenas. Nadie baja, nadie sube. El calor es sofocante. Los olores varoniles van desde la loción agradable sobre pieles limpias y rasuradas hasta el olor a sudor, semen y tabaco. Es asqueroso. Son 8:50 y no voy a llegar a tiempo. Vuelvo a sentir el miembro masculino que me crispera los nervios. Aviento el codo que se encaja sobre su vientre pero él no se mueve un centímetro. Sigo empujándolo hasta que percibo que mi muslo viaja ya sin parásitos sobre él. Así permanecemos. Le dirijo nuevamente la mirada. Es deprimente, horrible, sucio y cínico. Clava su mirada en mis labios. Desvío la mía y la poso en la puerta que sólo deja ver la oscuridad subterránea. Nada más tócame pendejo. No te la vas a acabar. Aprieto los labios, las manos, el cuerpo.

Estación Centro Médico y son las 8:52. Todavía puedo llegar. Bajan varios casi al mismo tiempo que suben muchos más. Una señora adopta mi técnica y en el último momento sube y se clava frente a mí, usurpando mi esquina. Ella sí queda segura por cualquier flanco, yo, al contrario, termino más cerca del fulano depravado.

Sólo una estación más para salir de este infierno.

¿Qué creerán estos idiotas? ¿Que a una le gusta? ¿Que a esto nos subimos? ¿Que para esto estamos? El tren se detiene a mitad del camino. Gestos de desesperación del joven trajeado y recién bañado; suspiros de impaciencia del señor barbado y ropas sencillas. El fulano roza mi pierna otra vez so pretexto de acomodarse un poco. Los demás tipos lo miran, luego a mí. Saben de sus intenciones, de su bajeza y machismo. Algunos, con rostro divertido, observan mis reacciones, festejan en silencio la osadía del imbécil.

Otros, indiferentes, fingen no ver. Al fin y al cabo, es mi problema.

El tren reanuda su marcha. Son 8:56 cuando arribamos a la estación Chilpancingo. Ya era hora. Bajan los individuos amontonados en el centro del vagón y después los que estamos en las orillas. Desciende la señora "robalugares". Estoy a punto de abandonar el carro cuando el idiota alcanza a manosearme la nalga. La adrenalina asciende, la sangre se calienta. No importa si las puertas se cierran. Giro y mi mano derecha aterriza fuertemente en la cara del cachondo: ¡Baboso! El silencio reina. Voltean a verlo, él sólo se agacha.

Logro bajar del vagón. Camino por el andén hacia la salida pero las piernas me tiemblan por el coraje. Lo

único sabroso es el ardor que permanece en mi mano. ¡Hijo de la chingada! La ira también es hacia mí porque por un momento pensé que no se atrevería, pero ¿por qué?, ¿qué ganó?, ¿se sintió más hombre?

No tengo otra opción pero odio viajar en Metro cuando la muchedumbre domina al espacio. Me pone alerta, me prepara a ser violenta, me condiciona para insultar y me angustia por la inminente lucha a librar por la integridad y el respeto; porque entrar ahí, es enfrentar a un nido de cachondos que sin más, dan rienda suelta a sus instintos.

No puedo evitar mirar con desprecio a los sujetos que se cruzan por mi ruta. ¿Serán todos iguales? Saludo secamente al prefecto que resguarda la entrada de la universidad, ¿él también hará lo mismo? Estrecho la mano de un maestro al cual estimo. El no puede ser igual.

Son las nueve en punto y estoy checando mi entrada, temblorosa, agitada, puntual y terriblemente encanijada. Recuerdo las palabras que en una experiencia semejante, me dijera una amiga: En tierra de hombres, el más cachondo es el rey. *Am*

